

## LA MAGDALENA<sup>1</sup>

Seis años han pasado, viejo,  
desde que se te arrugó el alma,  
y hoy, como si esos cientos de días  
no fueran sino instantes,  
—el segundo breve pero intenso  
entre el corte y la sangre—  
un barrunto de tu figura calma  
te ha dolido en mí. Seis años.  
Míos infinitos. El chascar de dedos  
de tu eternidad sin fondo bajo la tierra.  
Seis años que has sido calderilla  
en la tripa emborrada de un sillón vencido;  
un olor hecho crisálida, en el panal gris de la memoria,  
o la risa de tus dientes eternos; fotos, el dolor  
de tu no estar constante y cartas a tu nombre,  
con todas las letras insepultas.  
Y me he sentado aquí, máquina, papel y música,  
para saldar cuentas con tus voces inaudibles  
y calafatear las cuadernas de tu último naufragio:  
a planchar en mi retina tu rostro bondadoso.

\*\*\*

Quiero rehacer en mi entrecejo  
el recuerdo de tu silueta abotonada,  
tus sentencias largas, tu paso de marino  
y la recia gabardina de entrepañó.  
Tu aliento de ajo y de tanino,  
tu silencio de plomo y tu cariño;  
tu andar a cuerda por la ciudad exiliada  
y el crepé rugoso de tus suelas zapatón.  
Tu rostro ancho, tu cráneo de filósofo,  
tus manos bastas, tus venas arroyuelo.  
Tu ceja hirsuta, tu bigote mesetario  
y la cana pelambrera de cepillo.  
Tu abrigo luto de agrios lamparones  
tu codo tasca, tu yema de mechero,  
tu tos bronca, tu falange nicotina,  
tus suspiros multilingües y mascullos.

\*\*\*

Tu infancia son olvidos  
de una España de provincias  
—*Tarraco quanta finit*—

---

<sup>1</sup> De *Cartografía soltera*, Madrid, 2009.

de club náutico y chachas dicharachas,  
de una guerra fraticida  
que dicen terminó hace tiempo.  
De carreras por Gandesas  
sargento de caballería  
hasta perder el sable,  
el *Smith & Wesson*  
y las ganas de pelea.  
De un exilio sigiloso,  
con denominación de origen,  
casi mediopensionista,  
una vez que los cruzados,  
ahítos de tapias y alboradas,  
te dieron por fin el doctorado:  
Indiferente *cum laude*.  
De familia numerosa  
y, por qué no decirlo,  
de años felices mientras tanto,  
en esta España nuestra, en donde  
la vida es siempre un entretanto,  
y de los hijos que querías,  
buenos niños estuchados,  
como plumas de regalo.  
No te lo puedo echar en cara,  
tras nueve años de mili, excombatientes  
demasiado viejos para padres,  
un poco bisoños para abuelos.  
De una oposición a ministerio  
y veraneos en la playa, muy leídos.

\*\*\*

Y ya te recuerdo siempre, paseando  
a tu soledad del brazo de tu orgullo  
los tres por las callejas y las tascas  
húmedas de La Magdalena,  
donde los albañiles tienen la tos bronca  
y los neones hacen blanco el tinto,  
como cualquier otro español,  
con la borra de tu biografía  
manando de las costuras de la ropa  
y las muelas careadas de silencios,  
mientras la Muerte, que tantos años  
te diera calabazas, te seguía ahora solícita  
y te echaba su aliento de perro  
por encima del hombro;  
la cabeza baja, el paso comedido,  
las ideas enmarañadas,  
y llavín y campanadas,

todos a una, Bach y Schostakovitch,  
y Mozart y Beethoven,  
siempre a oscuras,  
y Proust y el señor de Montaigne,  
hasta que te vencía el sueño,  
y la música te llevaba de su mano  
al lecho, y del lecho al sueño,  
y del insomnio a la oficina,  
y otra vez a la butaca,  
y al sollado del Pequod,  
y al jardín de Guermantes,  
a navegar contra los rápidos del tedio  
de un país avinagrado,  
hacia Kurtz, siempre hacia Kurtz,  
hasta que una luna sin noche  
la Muerte te echó la mano al codo,  
—a todos les llega un día el motorista—  
y tuviste que girar al fin la cara,  
exclamar, dejar de hacerte el sueco,  
caer en la terrible y llegada cuenta,  
disponer tu estatura sobre la calzada  
con cierta gracia, dejarte hacer,  
observar cuatro días desde el embozo  
el trasiego atónito de las batas blancas,  
morir en el plazo conveniente,  
acorde a tu IRPF, sin retenciones,  
ni grandes voces, ni cigarrillos  
¿Quieres zumo de naranja?  
No. Quiero ya nada, hijos.  
*Ich have genug.*

\*\*\*

Y ya estás ahí, viejo, archivado  
en los altillos de tu fichero de ladrillo,  
con el alma enfundada en un pijama de huesos  
de tertulia muda con tus compañeros  
de aquel vagón quince de abril.

\*\*\*

Que diez años han pasado, viejo,  
desde que se te arrugó el alma,  
y se te casó la calma,  
y ahora yo he barrido tu sombra  
en mi sombrero y te sigo paso a paso,  
por los adarves y aceras del fracaso,  
pisando tus pisadas, huella sobre huella,  
en esta postguerra interminable,

el paso sordo, las manos tartamudas,  
los ojos escalfados y salados,  
las ideas como avispas, azoradas,  
las ilusiones en trailla, rezagadas,  
tirando, meando en cada uno de los árboles,  
el eco en un bolsillo, envuelto en un papel.  
Y me pregunto si has tomado posesión  
de éste mi pellejo barnizado,  
si te has metido en mis entrañas  
y llevas las riendas y me engañas,  
o si es que tú y yo somos de una estirpe  
de paseantes sin remedio, figurantes,  
si con esa media España que arrodea  
somos la plantilla imperturbable  
de esa otra media patria que patrulla.

\* \* \*

Que doce años han pasado, viejo,  
desde que se te puso chulo el esqueleto,  
y descansó de ti tu biblioteca.  
Por aquí todo sigue como siempre.  
Tenemos un Rey que no nos lo merecemos,  
pero el hombre sigue sin buscarse  
un reino digno de sus altos atributos.  
La gente conduce coches enormes,  
otros, como ya te dije, paseamos,  
por donde podemos, que no es mucho.  
Nunca hemos estado como ahora,  
eso es verdad, aunque haya algún que otro  
problemilla, lo de siempre, no te asistes:  
Que hay algunos que trabajan  
y otros muchos que venden crecepelo.  
Quizás tenías razón, a fin de cuentas,  
que en esta España inalterable  
es imposible una República cabal,  
donde la palabra privilegio  
sea vocablo polvoriento, de escribanos,  
y, después de todo, este régimen curioso  
no es lo peor que hemos tenido,  
y nos permite no perder de vista  
a un buen puñado de elementos.  
Y de tus hijos, qué decir, sin faltar a la verdad:  
eso de estar en un estuche  
ha acabado por gustarnos,  
como a tantos otros nacidos esos años  
más proclives al terciopelo que a la pana.  
Quien esto escribe ha publicado un par de libros,  
se han vendido doscientos ejemplares,

tirando por lo bajo,  
(lo que, para no ser periodista,  
no está pero que nada mal).  
Será cosa de pensarla, como todo.

\*\*\*

Que diecisiete años han pasado, padre,  
desde que tu bote, aquel chinchorro ingobernable,  
de remos blancos y toletes quejumbrosos,  
con el que tantas veces cortamos  
el cierzo intolerable de la mole pilarista,  
sueña el calafate imposible de tu vuelta,  
y yo a veces, un día como hoy,  
que he dormido mal, que he soñado  
con fantasmas vestidos de alférez de marina,  
con rosarios, plumas y pupitres burilados,  
me encabrono y decido bien pensado  
que un día se acabará semejante callejo  
por todas las rondas de este siglo,  
largo siglo de intentos y renuncias,  
de masacres, contubernios y repartos,  
que algún día, algo, yo qué sé  
sucederá, al fin, algo grande y gozoso  
que nos devolverá, sin más Historias,  
ni más pamplinas, zarandajas ni puñetas,  
a tantos paseantes milenarios y tranquilos,  
nuestro eco quedo y nuestra sombra.

*(1988-1999)*